

de aquella posición, y desde ese momento abandonó Tisafermo la partida, retirándose con sus tropas por el camino de Jonia.

Los griegos habían llegado á las fronteras del país de los Carducos, lugar en donde la anchura y la profundidad del Tigris hacen imposible el paso del río, cuyo curso no se puede siquiera seguir por las riberas, porque las montañas que las limitan están cortadas á pico. Resolvieron, pues, abrirse camino al través de las montañas. En siete días atravesaron aquel país difícil, y durante ese tiempo tuvieron mucho que sufrir de sus habitantes, los cuales, aunque enemigos del rey, no eran menos celosos de su independencia, estaban ejercitados en la guerra, tenían una fuerza prodigiosa y mucha habilidad para servirse de la honda lanzando grandes piedras, así como para manejar sus arcos de dimensiones extraordinarias. Con el auxilio de estas armas, y desde las alturas en que se apostaban, atacaban á los griegos, matándoles é hiriéndoles mucha gente, pues las flechas que arrojaban, que tenían más de dos codos de largo, penetraban escudos y corazas, y más de una vez los griegos se sirvieron de ellas como de jabalinas, después de atarlas á una correa. En fin, después de un penosísimo camino, durante el cual no habían dejado las armas de la mano, y habían sufrido mayor número de males que los que hubiera podido causarles Atajerjes con su poder y Tisafermo con su perfidia, llegaron al río Centritio, que pasaron á

vado para entrar en Armenia; pero no sin librar un último combate á los carducos que los atacaron por retaguardia, mientras que los armenios, migdonianos y caldeos los atacaban de frente para oponerse á su paso.

Al cabo de tres jornadas, los griegos llegaron á Telévoas, penetrando en la Armenia occidental. Teribazo, sátrapa de aquella provincia, los acogió con benevolencia, comprometiéndose, por medio de un tratado, á no hacerles mal alguno si se abstendían de toda hostilidad en la región de su gobierno. Pero muy pronto supieron que tenía el proyecto de atacarlos en un desfiladero que de precisión tenían que pasar, y se anticiparon, poniendo en fuga á sus tropas y pillando su campamento. De allí marcharon algunos días por el desierto á lo largo del Eufrates, que pasaron con el agua hasta la cintura. Se aseguraba que el origen de aquel río no estaba lejos del punto de su paso. Siguiendo su camino al través de las montañas de la Armenia, fueron envueltos de tal manera por las nieves, que corrieron el peligro de perecer todos. El viento las había acumulado tanto sobre el terreno, que se hizo imposible reconocer los caminos y la posición de los lugares. La consternación general se apoderó de todo el ejército, que no podía volver atrás con la certidumbre que tenía de extraviarse, ni podía seguir la marcha de frente. Entretanto, aumentaba la tormenta, el viento se hacía más y más impetuoso, el granizo caía con

fuerza, é hiriendo á los griegos en la cara los obligaba á detenerse. Desprovistas de los objetos mas necesarios pasaron las tropas á campo raso aquel dia y la noche que le siguió, expuestas á todos los rigores de la intemperie, y presa de todo género de sufrimientos. La nieve que caia incesantemente cubria del todo las armas, y la intensidad del frio, que crecia á causa de la serenidad del cielo, paralizaba los cuerpos. Al despuntar el dia se encontró muertas á la mayor parte de las bestias de carga, á un gran número de hombres espirantes, y á otros, que aunque gozaban de sus facultades intelectuales, tenian los cuerpos ateridos y sin movimiento; algunos fueron cegados por el frio y el brillo de la nieve. En fin, hubieran ciertamente perecido todos á no ser porque andando unos veinte estadios mas, se encontraron con poblaciones abundantemente provistas de todo lo necesario para la vida.

Despues de haber permanecido allí ocho dias, los griegos se pusieron de nuevo en marcha, hasta llegar á las riberas del rio Fase. Cuatro dias descansaron en aquel punto dirigiendo luego su camino al país de los taones y de los fasianos, donde fueron atacados por ellos; pero vencedores en un sangriento combate, mataron á muchos y se apoderaron de sus poblaciones, en donde encontraron toda clase de provisiones, permaneciendo allí quince dias. Luego prosiguieron la marcha al país habitado por los caldeos, vecino de los calibas, cuyo territo-

rio lleva hasta ahora el nombre de Keldir ó Cheldir, y llegaron hasta las riberas del rio Harparus, que tiene mas de ciento veinte metros de ancho; despues de atravesarle se dirigieron hacia el territorio de los escitas, caminando por terrenos planos, y allí encontraron abundantes recursos. Dejando estas tierras fértiles llegaron á Gimmias, ciudad grande, rica y bien poblada. El jefe de ella concluyó un tratado con los griegos y les dió guias para el mar, con cuyo socorro llegaron en cinco dias á la montaña sagrada llamada Teches. Al subir á la cumbre, los soldados que iban á la cabeza de la columna, descubrieron el Ponto Euxino, y arrojaron grandes gritos de alegría, que escuchados por los que venian á retaguardia, fueron atribuidos á un repentino ataque de nuevos enemigos; y como los gritos aumentaban á medida que se iban aproximando, Xenofonte, creyendo que era un peligro real, tomó á la caballería, y por un flanco de la columna se apresuró á llegar al punto donde creia necesaria su presencia; pero muy pronto oyó gritar á los soldados: « ¡El mar! ¡el mar! » y entónces retaguardia, equipajes, caballería, etc., todo corrió al vértice de la montaña. Una vez llegados se abrazaban unos á otros, con las lágrimas en los ojos, y los soldados á los oficiales.

Repentinamente, y sin que hasta hoy se haya sabido quien dió orden para ello, las tropas se lanzaron á buscar piedras, las amontonaron con rapidez,

y levantaron un trofeo adornado con los despojos de los bárbaros, queriendo dejar á la posteridad un monumento inmortal de sus fatigas y de su valor.

Al mismo tiempo tomaron de la masa comun un caballo, una taza de plata y una túnica persa, y regalaron estos objetos al bárbaro que les habia servido de guia, quien ántes de separarse de ellos les indicó el camino que debian seguir para llegar al país de los macrones.

Llegado que hubieron al referido pueblo, celebraron un tratado con él, y en señal de ratificacion recibieron una lanza fabricada al estilo de los bárbaros, dando ellos otra griega, pues tal era la costumbre antigua que los macrones heredaron de sus antepasados y que para ellos era la mejor garantía de la fé jurada.

Pasaron en seguida la frontera de los macrones para entrar al país de los colchidianos, que se reunieron en gran número y fueron á atacar á los griegos. Estos los vencieron en una gran batalla, para lo cual tuvieron que desplegar todos los recursos de su táctica, marchando, no sobre ochenta hileras de á cien hombres cada una, como algunos han asegurado, sino repartidos en ochenta divisiones formadas en columnas, á fin de extender suficientemente el frente de batalla, para no ser rebasados y salvar con mas facilidad los obstáculos naturales de la escarpada montaña que tenian que tomar por asalto, sosteniendo además las alas y el centro con tres

cuerpos de arqueros y tropas ligeras, de seiscientos hombres cada uno, que debian rebasar tambien las alas del enemigo. A consecuencia de esta batalla los vencedores se apoderaron de una meseta que formaba una fuerte posicion, que fortificaron convenientemente, y de allí bajaban á hacer sus excursiones para devastar el país. Recogieron un rico botin y se propusieron descansar algunos dias para reponerse de sus fatigas.

Durante la permanencia de los griegos en Cólchida, encontraron grandes enjambres de abejas y numerosos panales en los alrededores del lugar que ocupaban. Todos los soldados que comieron de ellos experimentaron muy extraños síntomas, tales como vértigos y vómitos seguidos de un gran desfallecimiento que les impedia ponerse en pié. Apénas comian, revestian el aspecto de personas poseidas por la embriaguez, y los que habian tomado mucho parecian furiosos unos y moribundos otros. Era tal el número de enfermos, que el campamento parecia un campo de batalla cubierto de cadáveres. Durante aquella jornada, el ejército, consternado, contemplaba con espanto la multitud de enfermos que creia perdidos, pero á la mañana siguiente, á la misma hora en que habian experimentado el mal, comenzaron á recobrar los sentidos, sintiéndose fatigados como las personas que han tomado una medicina enérgica. Cuando ya todos quedaron restablecidos prosiguieron su camino, y llegaron á Trapezonte,

colonia de Sinope; treinta dias permanecieron allí, tratados por los habitantes con una hospitalidad magnífica. Allí celebraron un gran sacrificio, así como juegos gímnicos en honor de Hércules y de Júpiter Salvador. Despues de esta solemnidad comisionaron á Quirisofo su general para que fuese á Bizancio en busca de triremes y buques de transporte. Quirisofo era amigo y compatriota de Anaxibrio, que mandaba entónces la flota lacedemonia estacionada en Bizancio, y podia, por esta razon, desempeñar su mision mejor que otro cualquiera.

Los griegos aguardaron treinta dias el regreso de Quirisofo; pero como tardaba mucho, y los víveres comenzaban á escasear, dejaron á Trapezonte, trasladándose á Cerasonte, otra colonia de Sinope. Permanecieron allí diez dias; pasaron revista, y se encontró que de mas de diez mil que eran cuando emprendieron su retirada, solo quedaban ocho mil seiscientos.

De allí penetraron los griegos al territorio de los mosinecos. Atacados por estos bárbaros, los derrotaron en el combate matándoles mucha gente; ios vencidos se refugiaron á una especie de aldea donde habitaban en torres de madera de siete pisos; pero los griegos los persiguieron hasta allí, y despues de repetidos asaltos, tomaron la poblacion. Aquella aldea era la metrópoli de todas las fortalezas del mismo género, y el rey de los mosinecos habitaba la torre mas alta. Siguiendo la costumbre de sus

antepasados debia permanecer toda su vida en aquella morada, desde la cual comunicaba sus órdenes á los pueblos. Por lo demas, los soldados griegos decian que durante su retirada no habian encontrado otra nacion mas bárbara que esta. Segun ellos, todos los niños, desde la mas tierna edad, eran marcados en el pecho y la espalda con picaduras que se hacia indelebles por medio del fuego, y que formaban diferentes dibujos. Los griegos emplearon siete dias en atravesar aquel país, y llegaron al vecino, que se llama la Tibarena, siguiendo por esta region para llegar á Cotiora, colonia de los sinopeanos. Habiendo partido hacia ocho meses, habian recorrido en ciento veintidos marchas, diez y ocho mil veinte estadios ó trescientos veintiseis miriámetros. Cerca de Cotiora permanecieron cincuenta dias ocupados en hacer continuas excursiones á los confines de la Paflogonia, y sobre los diversos pueblos bárbaros que la habitan, para proporcionarse víveres que los cotioritas les negaban aun á precio de dinero.

Viéndose Xenofonte á la cabeza de un ejército aguerrido por la experiencia, y á las orillas del Ponto Euxino donde ya tantas colonias helénicas se habian enriquecido por medio del comercio, pensó que seria glorioso fundar una ciudad que acrecentara el poder de la Grecia; pero el egoismo y la envidia de los demas jefes le hicieron renunciar á este proyecto.

Al fin los heracleotas y los sinopeanos les enviaron buques de transporte en que se embarcaron con

sus equipajes. Quirisofo se les incorporó en Sinope sin haber obtenido buen éxito en la misión que se le había confiado.

Los sinopeanos acogieron á los griegos con extrema benevolencia, dándoles hospitalidad, y asegurándoles los medios de trasladarse por el mar á Heraclea donde estaba toda la flota. De ese punto continuaron su camino, unos por mar y otros por la Bithynia, donde experimentaron grandes pérdidas defendiéndose contra los ataques de los naturales del país que los hostilizaban durante la marcha toda, ayudados por la caballería de Farnabazo que había ido á su socorro.

Por último, llegaron con trabajo á Crisópolis, ciudad de Calcedonia, situada en frente de Bizancio, donde entonces se encontraba Anaxibio. Farnabazo, que daba grande importancia á ver salir á los griegos del Asia, porque temia que penetrasen á su territorio, suplicó á Anaxibio que los obligase á pasar á Europa ofreciéndoles ventajosas condiciones. Anaxibio se prestó á los designios del sátrapa, y el ejército, engañado por él, pasó á Bizancio. No le seguiremos á la Tracia, donde se puso á sueldo de Seutés, ni al Asia Menor, donde el deseo de la venganza le hizo ponerse bajo las banderas de Innibran, que hacia la guerra á Tisafermo. Nos limitaremos á decir que esta gloriosa retirada, hecha por diez mil griegos desde Babilonia hasta el Ponto Euxino, á pesar de los incesantes ataques del innumerable ejército de

los bárbaros, y los obstáculos sin número que se opusieron á su marcha, reveló en el mundo oriental la debilidad del imperio persa, y fué la señal de su caída.

*Retirada de Moscow el año de 1812.*

El 19 de octubre de 1812, el ejército grande evacuaba Moscow. En los dias anteriores se había hecho salir á los heridos y los trofeos. Mortier, con la guardia jóven, debia permanecer algunos dias en Moscow, y no abandonar la ciudad sino despues de haber hecho saltar el Kremlin, minado de antemano.

La primera dificultad que había que vencer era Kutusoff que se hallaba detras del Niemen. Se ordenó al príncipe Eugenio que tomara el camino de Borowsk, para flanquear por la izquierda el campo de Tarantino. Napoleon condujo al ejército entero frente á Kutusoff como para presentarle batalla. Llegado á Krasnoï ordenó al rey de Nápoles que desplegase frente al enemigo, y apoyándose él en la derecha, tomó el camino que barria Eugenio con el ejército de Italia. Todo salió bien: la vanguardia del virey se había apoderado de Malojaroslawitz, ciudad situada en las escarpaduras de Protiva, á ocho leguas de Tarantino. Solo se necesitaba dos jornadas para llegar á Kalouga, de donde se proponian tomar para Smolensk por el valle del Ougra, cuyos